El Doctor Pico Rojo

En una caleta ventosa y brillante, donde las olas rompían con fuerza sobre las rocas y el viento olía a sal, vivía un viejo pilpilén llamado Pico Rojo. Sus plumas eran cafés como la leche con Milo y tenía las patas largas y naranjas como zanahorias frescas y un pico rojo encendido como la primera luz del amanecer. Pero, lo que más lo distinguía entre su gente, era su vocación y su dedicación. Pico Rojo no era solo un ave más del humedal, él era el médico de toda la comunidad de Punta Itata.

Cada día, con su cuaderno hecho de madera de balsa y algas y su estetoscopio de algas trenzadas y una concha de mejillón, recorría las pozas de marea, los juncos del estuario y las grietas de las rocas donde sus pequeños pacientes esperaban.

“¡Buenos días, doctor!”, le decía una gaviota vieja con voz ronca y él la ayudaba.

“¡Pico Rojo, me duele el ala!”, chillaba una garza inquieta, y él la ayudaba.

“¡Doctor, el agua me pica las plumas!”, se quejaba un pequeño zarapito y él le ayudaba.

Pico Rojo tomaba nota, los escuchaba con atención, recetaba baños de barro, dietas con más camarones o descanso entre los pastizales. Pero con el tiempo, algo cambió. Ya no le llegaban dos o tres pacientes al día. Llegaban veinte, luego treinta, luego más.

Un día de invierno, cuando el cielo estaba cubierto de nubes grises y el mar rugía como un gigante enojado, Pico Rojo no pudo más. Se detuvo frente a la comunidad reunida en una duna.

“¡Queridos vecinos!”, dijo con su voz firme y decidida. “No es normal que tantos estén enfermos. Las algas están podridas, los peces saben raro, y muchos tienen tos o heridas en las patas. ¿Qué nos está pasando?”.

Una vieja lobo marino con pelaje gris alzó la voz: “Yo creo que es el agua. Hace meses que sube oscura desde el sur. Y huele mal, a pescado podrido y aceite”.

Un cangrejo rojo levantó una tenaza temblorosa. “¡Y la arena! Encontré un trozo de bolsa plástica donde antes ponía mis huevos”.

El murmullo se volvió general y luego un grito. Todos hablaban al mismo tiempo. Pico Rojo, aunque nervioso, supo que tenía que hacer algo. Así que dio un salto elegante sobre una roca y habló con decisión: “Voy a investigar. No soy solo su doctor, también soy su vecino. Si el lugar donde vivimos está enfermo, nosotros también lo estaremos”.

...

Pico Rojo decidió volar hacia el sur, hacia Mejillones. Desde los cielos podía ver una mancha oscura en el mar, que subía desde el puerto hacia su comunidad. Pico Rojo voló siguiendo el curso del agua turbia. Cada curva de la costa le revelaba más señales: peces flotando sin moverse, algas negras y espuma amarilla. Pasó por desembocaduras de ríos por plantaciones y pueblos y en un recodo, lo vio: un enorme tubo metálico, rugiendo como un monstruo, vomitaba líquido oscuro al agua del mar.

El pilpilén se quedó helado, incapaz de seguir con su vuelo.

En tierra, unos humanos vestían trajes amarillos y conducían enormes camiones ruidosos. No sabían que allá arriba, sobre el cielo gris, un pequeño médico alado tomaba nota en su cuaderno de algas.

Volvió a la caleta con el corazón apretado.

“Es una faena, una pesquera industrial”, dijo al llegar. “Está tirando cosas al agua. Veneno, basura... por eso el mar está enfermo. Y si el mar está enfermo, nosotros también”.

La comunidad quedó en silencio sepulcral, incluso las olas, titanes incansables, alarma de su mundo, parecieron callar.

“¿Qué podemos hacer?”, susurró un gaviotín chico asustado.

“¿Somos tan pequeños frente a los humanos?”, preguntó un albatros joven mientras caminaba en círculos.

Pico Rojo miró a su gente. Miró a los cangrejos, a las garzas, a los peces y a las ranas. Todos eran parte de ese ecosistema, como células en un gran cuerpo. “No, quizás somos pequeños”, dijo elevando su blanco pecho, “pero, somos muchos. Y tenemos algo que ellos olvidaron: tenemos un hogar que amamos”.

...

Así comenzó la gran misión. Pico Rojo organizó comités de vigilancia. Los picaflores fueron sus mensajeros, volando rápidamente siendo observadores y avisando a toda la comunidad; los lobos marinos siguieron el rastro de la contaminación por los mares y los cormoranes, con sus grandes alas volaron hasta los pueblos cercanos para contar lo que ocurría. Y un grupo especial, formado por los animales más valientes, fue al puerto de Mejillones donde algunos niños jugaban tranquilamente.

Uno de esos niños era Catalina Alquinta, la niña de ojos grandes y botas de plástico, hija de un pescador de la zona. Cuando vio al grupo de aves acercarse sin miedo, se sorprendió.

Los animales no hablaban como los humanos, pero esta vez dejaron señales claras. Dejaron conchas rotas, dejaron peces heridos y entre todos hicieron un dibujo trazado en la arena, con el pico de Pico Rojo, un tubo, el mar, y una calavera y Catalina entendió.

“¿Qué pasa?”, preguntó la niña.

Catalina, la niña de ojos grandes y botas de plástico, fue la primera humana en entender lo que los animales intentaban decir. Cuando vio el dibujo en la arena, un tubo, el mar y una calavera hecha con algas trazado en la arena, entonces Catalina no dudó; algo andaba mal.

“¡Papá! ¡Papá!”, gritó corriendo hacia el muelle donde su padre, don Anselmo Alquinta, arreglaba sus redes de pesca.

“¡Los animales están pidiendo ayuda!”

Don Anselmo levantó la vista, con una ceja arqueada.

“¿Animales? ¿Qué animales?”

“Un grupo de aves vino volando. ¡Una tenía un pico rojo brillante! Hicieron un dibujo en la arena. El mar está enfermo, papá. ¡Y nosotros también si no hacemos algo!”, dijo Catalina la niña de los ojos grandes y las botas de plástico.

El pescador miró a su hija con atención, luego miró el agua del puerto, oscura y densa. Ya hacía semanas que les llegaban menos peces, algunos salían con manchas raras y más de una vez, había encontrado bolsas flotando donde antes había erizos y choritos vivos.

“¿Dónde?”, preguntó Don Anselmo Alquinta y su hija lo llevó a donde Pico Rojo lo estaba esperando.

Pico Rojo vio al hombre, gigantesco y de rostro firme, pero al verle sus ojos se ablandaron, Pico Rojo reconoció al pescador, el señor Alquinta era un pescador tradicional, el pescaba para sustentarse a él y su comunidad, de manera no muy distinta de lo que hacía Pico Rojo por las mañanas.

“Lo lamento tanto”, dijo don Anselmo Alquinta y Pico Rojo batió sus alas, mostrándole su pecho blanco y se alzó al vuelo.

“Hmmm... Vamos a reunir al sindicato”, dijo serio. “Si algo está envenenando nuestro mar, no podemos quedarnos callados”.

...

Esa misma noche, en la pequeña sede del sindicato de pescadores, se reunieron más de veinte hombres y mujeres de rostro curtido por el viento y el agua salada. Algunos casi tan viejos como el faro que se ceñía en la costa de Mejillones, otros jóvenes un poco mayores que Catalina, que se sentó a un lado de su padre con su cuaderno verde de ciencias naturales.

“¡Es cierto! Últimamente las redes salen vacías”, dijo don Lucho, el más veterano entre ellos. “Algo está afectando a los cardúmenes de dorado y merluza”.

“Mi hija dice que los animales lo saben”, añadió don Anselmo preocupado. “Que están enfermos. Y no me extraña. ¿Han visto la espuma extraña y amarillenta cerca del muelle de la faena industrial?”.

Muchos asintieron. Había rumores desde hacía tiempo. El agua a veces olía mal, algunos buzos habían visto manchas aceitosas y desechos extraños bajo la superficie.

“No podemos pescar si el mar se muere”, dijo una mujer con la voz firme. “¿Qué mundo vamos a dejarles a nuestros hijos?”.

Don Anselmo miró a Catalina que tomaba notas con su lapicera de brillantes colores. La decisión fue unánime, tenían que actuar y rápido.

Al día siguiente, todos los pescadores se organizaron. Algunos fueron a tomar fotografías de las zonas afectadas, otros recogieron muestras de agua y las llevaron a la municipalidad; y Don Anselmo y Catalina, la niña de los ojos grandes y botas de plástico, fueron a la radio local y se quedaron hasta que les abrieron las puertas.

“No somos científicos”, dijo Don Anselmo, con toda honestidad del mundo al micrófono, “pero vivimos del mar. Si el mar se enferma, nosotros también”.

...

Las noticias se esparcieron a gran velocidad. Pronto, estudiantes de biología marina, autoridades ambientales y sus vecinos se unieron a la causa. Hicieron limpiezas comunitarias en la costa, recogieron basura, y exigieron que se fiscalizará a las empresas cercanas.

Y cuando finalmente los inspectores llegaron al puerto de la faena industrial, encontraron lo que todos sospechaban: una tubería escondida vertía desechos al mar, justo donde los lobos de mar solían criar y alimentarse, las autoridades encontraron los desechos, plásticos y metales. Exigieron limpieza, multaron y entonces... entendiendo la realidad de la situación, la fábrica tenía que ser paralizada.

Preocupados por la situación las autoridades impusieron multas. La empresa tuvo que cerrar temporalmente y aplicar un plan de descontaminación para permitir que la comunidad local pudiese mejorar y curar. Pero más importante aún, los pescadores lograron algo que nunca imaginaron: que toda la comunidad se uniera para proteger el mar como un tesoro compartido.

Y poco a poco, el mar comenzó a respirar otra vez y con él las criaturas de la comunidad también.

...

Pico Rojo, observando desde lo alto de una roca, vio cómo los humanos, por fin, escuchaban al mundo a su alrededor. Vio a Catalina Alquinta, la niña de los ojos grandes y las botas de plástico, escribir en su cuaderno de ciencias naturales, notas sobre las hermosas especies que la rodeaban y que ahora habían vuelto a Mejillones. Pico Rojo vio a don Anselmo ayudar al resto de pescadores a recoger redes llenas de botellas y otros plásticos viejos. Y por primera vez en mucho tiempo, sonrió aliviado.

Porque vió que no todos los humanos eran indiferentes. Algunos eran como médicos también. No con alas, sino con manos dispuestas a sanar el lugar que todos llamaban hogar.

...

Y así, poco a poco, el puerto de Mejillones y con él, la comunidad de Punta Itata empezó a brillar, lleno de vida, de nuevo.

Los días siguientes fueron de calma y esperanza. Pico Rojo seguía trabajando, pero ya no solo recetaba barro o descanso. Ahora también hablaba de las algas que volvían a crecer, de los camarones que regresaban a las pozas, del agua que volvía a ser clara.

Una mañana, la gaviota vieja volvió con voz ya no tan ronca. “Doctor... ya no me pica el ala”, le dijo con una sonrisa mientras le daba un agraciado saludo al vuelo. “Es porque el mar también está mejor”. dijo el pilpilén con una sonrisa de ojos cansados.

Una tarde, mientras el sol se escondía tras las dunas, Pico Rojo escribió su última nota del día en el cuaderno de madera de balsa: “La salud no es solo del cuerpo. La salud vive en el aire que respiramos, en el agua que bebemos, en la tierra que pisamos. Si cuidamos nuestro mundo, él nos cuidará de vuelta”.

Desde entonces, cada vez que un niño visitaba Punta Itata, los tatas les contaban la historia del Doctor Pico Rojo, el médico de pico encendido que curó a toda una comunidad, no con pastillas y yesos, sino con amor y conciencia.

Y algunos dicen que, si uno guarda silencio en las tardes del estero, puede oír el aleteo del doctor entre las dunas, revisando que todo siga bien, cuidando el equilibrio invisible que une a los seres, grandes y pequeños, bajo un mismo cielo. O al menos eso dice mi abuela.